

Prólogo

Delfos, Grecia, 1922

Indy colgaba en medio de la oscuridad como la luna creciente, suspendido de una cuerda que le mordía el pecho y las axilas. Oyó gritos sobre él, pero no consiguió distinguir las palabras. Cuando echó la cabeza hacia atrás, la abertura, allá en lo alto, no ofrecía más brillo que el de una estrella fugaz.

-¡Dorian! -gritó-. ¡Mándame otra antorcha!

Su voz rebotó de un lado a otro, contra los muros del pozo. No sabía si le habrían oído o no. Se rascó la mejilla contra el hombro y miró hacia abajo. Estaba rodeado de oscuridad, un velo negro que le desorientaba y le mareaba. Le sacudió una oleada de náuseas. Cerró los ojos con fuerza y movió la mano unos centímetros cuerda arriba, temeroso de que un segundo más tarde fuera a romperse y él acabase siguiendo a su primera antorcha hacia el vacío sin fondo a sus pies.

No existían el tiempo ni el espacio, sólo la atracción de la gravedad, la succión del abismo. No podía llevar más que unos minutos colgando, pero a él le parecían horas, a la espera de la luz que le salvara.

-¡Jones! -gritó Dorian.

Su nombre retumbó por la grieta. Alzó la vista y vio una tenue luz que bailaba hacia él. La cuerda a la que iba atada se retorció y se estiraba como una serpiente con una lengua que escupía fuego. Indy la esquivó cuando llegó a la altura de su cabeza, aferró la cuerda y se hizo con el extremo de la antorcha.

La agarró; el aliento salía de su pecho en pequeñas erupciones, como si hipase. Clavó la mirada en el muro ante él. Ya no estaba seguro de que fuera el correcto. A lo mejor había descendido demasiado. Dio dos tirones a la cuerda y Doumas, el ayudante de Dorian, le hizo bajar medio metro más. Entonces se encontró justo enfrente de la tablilla. Sobresalía de la pared de piedra como una lápida en un cementerio y estaba ligeramente inclinada hacia abajo.

Sacó de la mochila una abrazadera montada sobre cuatro puntos de apoyo y la empotró en la pared con una maza. Estaba a punto de colocar allí la antorcha cuando algo le llamó la atención. Sostuvo la tea ante la tablilla y se inclinó hacia delante para echar una ojeada más de cerca.

Le habían dicho que la inscripción estaría cubierta de polvo y que tendría que limpiarla una vez hubiese llevado la tablilla a la superficie. Y resulta que tenía ante sí líneas paralelas de glifos que no sólo podía distinguir sin problemas, sino que estaban escritas en griego clásico, una lengua que él sabía leer.

6 Recorrió las palabras con la mirada, devorándolas. La emoción provocó que se le hiciera un nudo en el estómago. Volvió a colocar la antorcha en el soporte clavado en el muro y sacó un cuaderno de uno de los bolsillos laterales de la mochila. Garabateó a toda prisa la traducción. No podía creerlo. Tenían razón. Esos cabrones locos sabían de qué hablaban.

Quería gritarles a los que estaban arriba, pero decidió conservar las fuerzas. Volvió a guardar el cuaderno en la mochila, sacó la red y cubrió cuidadosamente la tablilla antes de atar los extremos de la malla al gancho que colgaba de la cuerda.

Estaba a punto de empezar a usar el cincel para arrancar la tablilla de la pared cuando la cuerda dio un tirón repentino contra su pecho y él cayó varios centímetros. La soga se tensó contra su torso.

-Eh, ¿qué demonios pasa?

Su voz reverberó pozo arriba. Ahora se encontraba debajo de la tablilla y vio marcas de piqueta en la pared. Alguien no sólo había limpiado la inscripción, sino que había tratado de llevarse la tablilla. Pero, ¿quién?

La soga volvió a tensarse. Un crujido de lo más extraño llenó la hendidura, y supo enseguida de qué se trataba. La cuerda estaba deshilachándose. Sacó la antorcha del muro y la sostuvo sobre su cabeza.

-Demonios.

"Ante todo, mucha calma", pensó. Se puso la antorcha en la boca y agarró la cuerda por encima del punto en que se estaba rompiendo.

Oyó un chasquido seco, un sonido agudo y terrible que provocó ecos en el pozo. Sus dedos se aferraron en torno a la soga.

Quedó colgando por una mano, con el extremo deshilachado haciéndole cosquillas en la muñeca. La tea la quemaba los pelos del brazo. Tenía la cara retorcida en una mueca mientras estiraba la otra mano hacia arriba. El sudor se condensaba en sus cejas, le caía en los ojos.

Notó un tirón seco desde arriba y la cuerda se escurrió entre sus dedos. Trató desesperadamente de agarrarla con la otra mano, pero su puño se cerró sobre el aire negro.

Cayó.

Capítulo 1

Travesuras universitarias

Chicago, dos años antes.

Era una noche tranquila y limpia. Dos hombres avanzaban a trompicones por una calle estrecha. De sus hombros colgaban dos cuerpos inertes. La lluvia de una tormenta primaveral se acumulaba y formaba charcos en depresiones ocultas por las sombras de altos edificios a cada lado de la calle. Estaban a punto de llegar a una esquina, y tras ella se encontraba un parque cubierto de hierba. Su destino.

Uno de los hombres era alto y delgado, y se retorció al caminar, como si estuviese recolocando constantemente el peso del cuerpo que llevaba a cuestas. El otro era recio y musculoso. Tenía rollos de cuerda colgados a ambos lados de su cinturón y se movía con la agilidad de un montañista. Pisó de repente uno de los charcos y se inclinó hacia un lado. Casi perdió el equilibrio. Ágil, sí, pero presa también de brotes ocasionales de torpeza.

—Maldita sea —masculló mientras recuperaba la verticalidad. Ya casi habían acabado y estaba tenso.

—¿Estás bien? —le preguntó el alto.

—Sí, perfectamente. Descansemos un minuto. Tengo un mal presentimiento.

El tipo alto dejó caer sin miramientos el cuerpo que colgaba de su espalda y luego sacó una petaca del bolsillo interior de su abrigo. Se la ofreció a su compañero, pero éste negó con la cabeza.

—¿No? —El alto se encogió de hombros y luego dio un buen trago.

—No te pases con eso —susurró el hombre de la cuerda.

—Alivia la tensión.

—En un cuarto de hora habrá acabado todo — dijo el que llevaba la cuerda.

Abrazó la sombra del edificio al avanzar, con el cuerpo colgado todavía de sus fornidos hombros. Al llegar a la esquina miró en ambas direcciones. A pesar de su inquietud, estaba decidido a cumplir su cometido y quería que todos los detalles salieran a la perfección.

Se dio la vuelta para hacerle un gesto a su compañero, pero éste ya estaba de pie detrás de él, con el cuerpo colgado al hombro. Borearon el parque. Bajaron por una acera mojada por la lluvia sobre la que se reflejaba la luz de las farolas. Se detuvieron al llegar a la primera y dejaron los cuerpos sobre la hierba. Bajo uno de los setos se veían a duras penas otros dos cuerpos que habían dejado allí media hora antes.

—Marca el tono — dijo el alto.

—Prepara a Paine. Quiero que sea el primero. Y asegúrate de que lleva bien el sombrero.

Soltó una de las cuerdas que llevaba enrolladas al cinto. En el extremo de la soga habían hecho el nudo del ahorcado y, con un grácil movimiento del brazo, pasó la cuerda sobre la farola. El nudo quedó bailando bajo la pálida luz.

—Vale, pásaselo por el cuello y asegúrate de que no se cae el cartelito con su nombre.

El de más altura levantó el cuerpo y le pasó el lazo por la cabeza. Una vez ajustado, rebuscó entre las ropas de Paine, sacó un sombrero de tres picos y se lo ajustó con firmeza. Mientras tanto el otro hombre había trepado a lo alto de la farola y alzaba ahora el cuerpo. Ató la cuerda con habilidad y luego saltó al suelo.

—Oye, tiene una pinta estupenda. Ya sólo nos quedan tres más.

El alto se llevó la petaca a la boca de nuevo y, después, volvió a ofrecérsela a su compañero con un gesto.

—El siguiente será Georgie —dijo el de la cuerda a guisa de respuesta—. Dios, no puedo esperar a ver la reacción mañana por la mañana.

Una figura decapitada se revolvía bajo una toga negra, como un mago que tratase de librarse de cadenas y candados. De repente surgieron del interior del capullo una frente, una ceja, una cara. Se estiró la toga sobre las piernas desnudas y se contempló en un espejo de cuerpo entero. Se pasó la mano por el pelo, espeso y con raya al medio, y luego se colocó el birrete y la borla en lo alto de la cabeza.

Las abigarradas letras de su título dirían que se llamaba Henry Jones Jr., pero quienes le conocían le llamaban “Indy”, diminutivo de Indiana, el nombre que utilizaba desde su más tierna adolescencia. El uso de “Henry Jr.” se restringía únicamente a los documentos oficiales y a su padre, que seguía llamándole Junior.

De hecho el único recuerdo visible de su infancia era una cicatriz en la barbilla, fruto de una escaramuza con unos ladrones que se había encontrado en una gruta en el desierto mientras buscaba una reliquia de los conquistadores españoles. Incluso su padre, si estuviera presente, se daría cuenta de que ya no era un chaval. Era guapo, pero de una forma un tanto ruda, con ojos color avellana, claros y resueltos, y los hombros anchos y la musculatura de un medio de fútbol americano, aunque no practicara ese deporte. Gozaba de buena coordinación, pero prefería montar a caballo o esquiar a deportes como el béisbol o el fútbol americano. Y también era ducho en el manejo del látigo, una curiosa habilidad de la que no solía hablar demasiado. Claro que nada de eso tenía demasiada importancia aquel día.

—Soy licenciado universitario —se dijo a sí mismo. Y sonrió ante la imagen que suscitaban esas palabras, aunque esa sonrisa revelaba algo más que una simple traza de ironía. Se graduaba a pesar de todo. Se había saltado muchísimas clases el otoño anterior, sus notas habían caído en picado y casi le habían expulsado.

Sencillamente había perdido el interés por su educación formal durante varias semanas, mientras recibía formación de otro tipo en la calle.

Había pasado noche tras noche, en compañía de Jack Shannon, su astuto compañero de habitación, en tugurios y salones de mala muerte del South Side en los que se tocaba el llamado "*barrelhouse piano*", escuchando como músicos que respondían a nombres como Pine Top Smith, Cripple Clarence Lofton, Speckled Red y Cow Cow Davenport aporreaban de pie las teclas. La música se llamaba "*barrelhouse piano*" porque en los pequeños bares en que se tocaba se servía la bebida directamente de los barriles. O por lo menos así había sido hasta hacía unos meses, cuando se había instaurado la Ley Seca.

La mayoría de los músicos habían subido desde Nueva Orleans, la cuna del jazz, en los cinco años anteriores, y cada semana llegaban más. Las condiciones de vida para los negros eran mejores en Chicago; había trabajos en los clubes en los que podían ganar cincuenta dólares a la semana, mientras en Nueva Orleans ganaban un dólar por noche. Y era en Chicago donde los estudios de grabación estaban preparando discos de jazz.

Cuando cerraban los bares, Indy y Shannon solían dirigirse a animadas fiestas en casas de particulares donde la música continuaba hasta el amanecer. Por lo general, Shannon llevaba su corneta y tocaba con gente de la talla de Johnny Dunn y Jabbo Smith. Shannon era no sólo uno de los pocos blancos a los que Indy había visto tocar jazz sino que, sin lugar a dudas, era el único estudiante de económicas que tocaba esa música. La mayoría de los músicos de esos tugurios no tenían formación de ningún tipo. No sabían leer un pentagrama, no seguían las normas, no las conocían y tampoco les importaba. Ni siquiera sabían que su música era excepcional, y todo aquello contribuía a su fuerza y honestidad.

— Oye, ¿estás listo? Decías que hoy querías llegar temprano, ¿no?

Miró hacia arriba, fuera ya de sus ensoñaciones. La cabellera pelirroja de Shannon parecía tan rebelde como siempre. Llevaba la toga doblada sobre el brazo y llevaba chaqueta y corbata. Las

mangas eran demasiado cortas, pero sabía que a Shannon no le importaba lo más mínimo. Tenía la costumbre de sacudir la cabeza cuando estaba nervioso o emocionado, y ahora la movía sin parar. Claro que Shannon siempre parecía un poco agitado, como si realmente no estuviera hecho para este mundo. El único momento en que parecía totalmente relajado era cuando tocaba la corneta. En esos instantes su cuerpo larguirucho parecía fluir con la música y ya no veías los pies, talla 46, o el largo cuello y la prominente nuez.

Indy volvió a mirarse y luego se quitó el birrete. Estaban a sólo dos manzanas del parque cubierto de hierba en el que se iba a celebrar la ceremonia. Llegarían en un par de minutos.

— Vale, deja que me vista. Aún no me he puesto los pantalones.

— A que no te atreves a ir así. A que no te gradúas sin pantalones, chaval.

— Pues no, gracias. No veo ningún motivo para hacerlo. — Contempló el reflejo de Shannon en el espejo, seguro como estaba de que le haría una oferta.

— Mira lo que te digo: te compro una botella de licor barato. Podemos ir como una cuba.

Indy se encogió de hombros. Qué demonios, con la toga puesta, nadie se iba a dar cuenta.

— Muy bien.

Lo cierto es que no esperaba la ceremonia con demasiadas ganas. Simplemente quería que se acabase y punto. No llevar pantalones por lo menos haría que fuera un poco interesante.

— Ya me parece oír al viejo Mulhouse — dijo mientras salían de casa —: “Sois una nueva generación, una generación de esperanza” — adoptó un tono profundo, autoritario, imitando el del rector de la universidad—. “La guerra ha acabado. Salid al mundo y demostradle a aquellos menos afortunados que los jóvenes norteamericanos trabajan duro, son individuos productivos que cumplen con su trabajo, sea cual sea”.

“O algo así”, pensó. No, la ceremonia no era el motivo por el que Indy quería llegar pronto.

— ¿Qué tal se va sin pantalones? — preguntó Shannon mientras recorrían la calle bajo la sombra de los robles.

– Fresco y aireado. Deberías probarlo.

Indy esperaba que se riese e hiciera un chiste, pero Shannon compuso una expresión reflexiva.

– ¿Estará tu padre allí?

Indy negó con la cabeza.

– Está ocupado. Qué narices, ni siquiera se ha molestado en disculparse.

– ¿En serio?

– Sí. Él es así. Mi padre, el respetado experto en cuestiones sobre el Grial, es un hombre sin demasiado tiempo para las cosas o personas que se alejen de sus empresas académicas.

– ¿Y siempre ha sido así?

– Sólo tras la muerte de mi madre, cuando yo era pequeño. Desde entonces ha ido alejándose de mí, haga yo lo que haga. Supongo que me especialicé en lenguas simplemente para llamar su atención.

Shannon le dedicó una mirada.

– ¿Y cómo ibas a llamar su atención si te licenciabas en Filología?

– Desde que tengo uso de memoria ha dicho que los idiomas son la clave para entender a la humanidad. Bueno, ¿y qué? ¿Cómo puede pretender que yo comprenda a la humanidad si no le entiendo ni a él?

– Ojalá *mi* familia se quedara en casa. Demonios, ni siquiera deseo graduarme.

– ¿Pero qué dices, Jack? Tienes trabajo y vas a ganar un buen sueldo.

A Shannon le había contratado como contable una empresa de camiones de Chicago que le ofrecía doscientos cincuenta dólares al mes, una cifra que parecía sorprendentemente elevada. Cuando Indy le preguntó cómo lo había conseguido, la respuesta de Shannon fue “contactos familiares”.

– Y aún tendrás tiempo para tocar en los clubes – continuó Indy –. Oye, ¿te acuerdas de aquella noche que fuimos al Royal Gardens y vimos a King Oliver? Auténtico jazz criollo de Nueva Orleans. Se están mudando todos aquí, a tu patio trasero. ¿Qué más podías pedir?

Shannon no dijo nada mientras cruzaban la calle.

— *Vas a tocar, ¿verdad?* —preguntó Indy mientras veía pasar un Ford Tin Lizzie nuevito.

— He hecho un pacto.

Indy captó la expresión amarga de su cara.

— ¿De qué pacto hablas?

— Tengo que dejar de tocar jazz. Ése es el precio del trabajo.

— Eso es una locura. ¿Por qué?

— No es música “respetable”, Indy.

Indy sabía que el jazz estaba tardando en cuajar. Y muchos blancos pensaban que ese ritmo sincopado —en el que se ponía el acento en notas en las que no se esperaba— y el estilo de improvisación eran “música de la selva”. Incluso había oído decir a un locutor en la radio que “hace que el oyente se mueva de una forma extraña y sugerente”.

— Eso es una tontería, Jack, porque creo que podrías ser tan bueno como Earl Hines o Johnny Dodds. Ya verás, las cosas cambiarán cuando la música tenga éxito.

— No sé si eso llegará a pasar. — Shannon oscilaba de un lado al otro, y sus brazos desgarrados se movían a su propio ritmo—. Incluso le echan la culpa al jazz de las revueltas del South Side. ¿Te lo puedes creer?

— Las revueltas no tuvieron nada que ver con el jazz.

Pero los disturbios raciales de la ciudad eran la nota amarga en un país que se sentía bien por la victoria de los Aliados. Suponían un triste contraste con los grandes desfiles que recorrían la Quinta Avenida de Nueva York para celebrar el papel de los Estados Unidos en el conflicto.

— No es música para cortejos, Indy. Ya sabes a qué me refiero. Nadie se siente un puñetero héroe cuando la oye. Ése es el problema. Que viene de un sitio distinto. Igual que yo.

Indy se rió entre dientes.

— También podrías venirte conmigo a Europa y empezar una nueva vida.

— Pues no pienses que no me lo he planteado. Siento una envidia enorme. Te va encantar.

Indy estaba convencido de que París iba a ser deslumbrante, pero no estaba tan seguro con respecto a la perspectiva de convertirse en un experto en lenguas antiguas.

—Supongo. Pero no es que estudiar manuscritos antiguos en bibliotecas sea mi definición de diversión.

—No dejas de repetirlo. ¿Por qué lo haces entonces?

—Porque se me presentó la oportunidad y no iba a dejarla pasar. Así de sencillo.

Shannon giró de improviso, se metió en un callejón y le hizo un gesto a Indy para que le siguiera.

—¿A dónde vas?

—Vamos —dijo con voz queda—. Dije que te iba a comprar una botella. Bueno, pues pedimos una pinta y nos la llevamos. Aquí cerca hay un tipo que vende alcohol.

—No sé, Jack. —Lo de la Ley Seca era un mal chiste, pero Indy tenía bastantes ganas de volver al campus.

—Sólo tardaremos un minuto. Venga.

16 Se encogió de hombros y le siguió. Aunque los dos se llevaban bien, diferían bastante en lo relativo a su actitud y consumo de alcohol. Shannon era bebedor habitual desde los diecisiete años y la Ley Seca no había frenado su consumo. Indy, por otra parte, tenía una baja tolerancia ante el alcohol y podía tomarlo o dejarlo a voluntad.

A mitad de la calle Shannon abrió un portón y recorrió un camino entre edificios hasta una puerta trasera. Dio una serie de golpes en ella, el código universal para “soy yo”: TOC; toc-toc-toc; TOC; TOC. Desde el interior de la casa le respondieron los ladridos de un perro. Shannon miró hacia atrás, a Indy, como para asegurarse de que aún le seguía.

Un instante después abrió la puerta un hombre bajo, sin gracia y con cara de pocos amigos. Le cubría la mandíbula una barba de dos días y tenía el pelo canoso revuelto, como si le hubieran pillado durmiendo. Le gritó al perro y luego les preguntó qué querían.

—Una botella de zumo, Elmo, ¿qué si no? —replicó Shannon con una sonrisa irónica.

El hombre les hizo un gesto para que entraran. Indy olió su aliento a whisky al tiempo que entraba en una cocina abarrotada.

Un perro delgaducho y de raza incierta gruñía tras su amo. Indy mantuvo una distancia prudencial y echó una ojeada a la habitación. La pintura verde de las paredes se estaba descascarillando, y bajo ella se veía papel pintado con diversos motivos. Una de las cómodas estaba tirada en el suelo, donde debía de haberse caído hacía ya bastante tiempo, y el aire apestaba por culpa de el montón de periódicos empapados de orines que estaban apilados en una esquina.

—Sólo una pinta rápida, Elmo. Tenemos prisa.

—Me alegro. —Su mirada dejó atrás a Shannon y frunció el ceño al ver la toga negra de Indy—. ¿Quién es este tipo? ¿Un juez?

—¿Acaso no reconoces a un licenciado universitario cuando lo ves? Vamos de camino a la gran celebración.

—¿De verdad? Pues hay un profesor que me visita de vez en cuando que dice que merezco un título honorífico... ¿qué te parece? —Elmo sonrió y los dientes bajo sus labios parecían una valla de madera amarilleada por el sol.

—¿Un título en qué? ¿Destilación ilegal? —preguntó Shannon.

—No. En Química.

Indy se rió, pero se sentía incómodo y deseaba que no hubieran parado allí.

—¿Tienes o no tienes, Elmo? Que nosotros no tenemos todo el día.

—Cincuenta centavos.

—¿Cincuenta? —Shannon alzó las manos, irritado por el precio—. ¿Y si nos haces un descuento por ser recién licenciados? Venga, Elmo.

—Cincuenta centavos —insistió Elmo, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vale, vale. —Shannon se dirigió a Indy—: ¿Tienes veinticinco centavos?

—¿Qué hay de nuestro acuerdo?

—Te los devolveré. No te preocupes.

Indy rebuscó en su bolsillo. Sacaba dinero para sus gastos de las clases particulares de latín y de francés que daba a chavales de instituto, pero nunca iba sobrado de fondos. Le dio a Shannon, a regañadientes, la cantidad que le pedía.

Elmo se guardó las monedas, cruzó la cocina con paso rápido y bajó a la bodega. Indy miró el reloj.

– Espero que no se pierda ahí abajo.

Shannon sacudió una mano con impaciencia, como para disipar las preocupaciones de Indy.

– Tranquilo, volverá enseguida.

Indy se fijó en que el perro mostraba los dientes y gruñía de nuevo.

– ¿Y a éste qué le pasa? – gruñó Indy.

Shannon señaló al chucho.

– Cierra el pico, perro.

Pero el animal los ignoró y echó a correr hacia la entrada al tiempo que alguien llamaba. Shannon miró hacia la bodega, hizo un gesto de indiferencia y luego abrió la puerta unos centímetros.

– ¿Quién es?

– Tu madre. Abre. He venido a ver a Elmo.

– ¿Quién está ahí? – preguntó el viejo destilador mientras salía de la bodega. Le pasó la pinta a Indy y el futuro licenciado la guardó dentro de su birrete.

18

La puerta se abrió de par en par y en el umbral se plantó un tipo con gabardina, corbata y sombrero. Tenía una expresión sombría y amenazadora y llevaba una pistola en la mano.

“Diablos, no”. Un escalofrío helado recorrió la columna de Indy.

Elmo echó una ojeada al recién llegado y salió disparado hacia la puerta principal. El hombre le gritó que se detuviera, pero Elmo no le hizo caso. El del sombrero atravesó la casa a la carrera, con el perro ladrando a sus talones.

Indy y Shannon se miraron y se dirigieron a toda velocidad hacia la puerta de la cocina. Indy tropezó con su toga al bajar los escalones de salida y cayó de rodillas. Se levantó a trompicones y echó a correr detrás de Shannon, que atravesaba el patio tan rápido como podía. Indy no podía contener la risa; se estaban escapando, eludían el peligro y hasta se llevaban el whisky. Y entonces Shannon se detuvo en seco e Indy chocó con él. En la puerta había dos policías esperando para atraparlos.

– ¡Eh, vosotros dos!

—Mierda.

Shannon giró sobre sus talones, cruzó el patio en dirección contraria y se perdió corriendo entre dos casas. Indy no se quedó esperando instrucciones y le siguió a muy buen ritmo al tiempo que se levantaba la toga para no tropezar de nuevo. Adelantó a Shannon al cruzar la calle. Huían a través de una serie de patios entre distintas casas. Estaba casi seguro de que se habían escabullido cuando se dio cuenta de que se había metido en un jardín cerrado por una valla de madera de dos metros de altura.

—Maldición —susurró.

—¡Cuidado! —gritó Shannon a su espalda.

Indy giró la cabeza con un movimiento violento. Esperaba encontrarse con el poli, y en lugar de eso se encontró con que dos dóberman se dirigían raudos hacia él.

—Dios —masculló. Dejó caer la pinta, agarró el birrete y trepó a toda prisa valla arriba. Estaba a punto de pasar una pierna por encima cuando notó un tirón desde abajo. Uno de los dóberman había mordido su toga. El perro gruñía y sacudía la cabeza de un lado a otro. Indy se retorció para tratar de librarse de él.

Echó la mano hacia atrás y dio una sacudida fuerte que le permitió romper la tela dejando un trozo en la boca del animal. Saltó desde lo alto de la valla y cayó al suelo al lado de Shannon, que estaba esperándole. Cruzaron otro patio, dejaron a un lado un garaje y se frenaron en seco. Los dos polis les esperaban de pie en mitad del callejón, con los revólveres en la mano.

—Bonita carrera, chavales. Quietos ahí —dijo el más bajo de los dos.

Indy se quedó paralizado. Ahora sí que estaban en problemas, y ni siquiera era culpa suya.

—¿Billy? —dijo Shannon al tiempo que frenaba en seco y quedaba sobre las puntas de los pies—. ¿Eres tú?

—Por Dios —murmuró el poli—. Jack Shannon. ¿Qué haces tú aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. Vinimos a comprar una pinta. Vamos a nuestro acto de licenciatura.

—Maldita sea, Shannon. —Lanzó una mirada a su compañero—. Es el hermano de Harry. —Hizo un gesto con la cabeza

hacia el final del callejón—. Lárgate de aquí y vigila más con quién narices haces negocios a partir de ahora.

—Gracias, Billy.

—No me des las gracias, Jack. Harry va enterarse de todo esto... Tenlo por seguro.

Indy no tenía ni idea de qué relación había entre el poli y el hermano de Jack. Iban caminando a toda prisa hacia el campus y la toga hecha jirones de Indy revoloteaba como una bandera tras él.

—Tu hermano no es poli... ¿no, Jack?

Un gesto de irritación tensó el rostro de Shannon.

—No, pero tiene amigos. Billy Flannery es del barrio.

—¿Qué hacía aquí?

—Echaban del mercado a un competidor de poca monta. Harry tiene que mantener su territorio.

—¿Los polis trabajan para tu hermano?

—Despierta, Indy. Todos ellos trabajan para la organización, y Harry es miembro fundador. Es una tradición familiar.